

**“Relaciones entre los géneros. Nuevas subjetividades, extravíos y búsquedas”**

Irene Meler<sup>i</sup>

Conferencia de cierre *XI Congreso Metropolitano de Psicología: “Subjetividad, salud mental y cambio social. Debates teóricos y prácticas psicológicas”*, convocado por la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA) 3/5 de julio de 2008, Buenos Aires, Paseo La Plaza.

**1) Cómo pensar la subjetividad y las relaciones de género**

Solemos entender por subjetividad un estilo personal, una forma idiosincrásica de percibir y significar la experiencia, y a la vez, una tendencia que caracteriza a determinada época o sector social. También recordamos que el concepto se relaciona con la capacidad de pensar, y por lo tanto, con la adquisición, que solo se produce en determinadas circunstancias favorables, de la posibilidad reflexiva, o sea de una actitud que implica tomarse a sí mismo como objeto de análisis. Se trata de que aparezca la posibilidad de que la propia actividad del “sujeto” se tome como “objeto”. La actitud reflexiva supone también el desarrollo de la capacidad para cuestionar las significaciones imaginarias establecidas por el colectivo anónimo y para generar representaciones innovadoras.

Otra característica de la subjetividad es la acción deliberada, o sea la creación de un proyecto vital. Para Castoriadis, el sujeto es una creación histórica que puede o no advenir y se caracteriza por la *reflexividad* y la *voluntad*. Lo mismo vale para una sociedad que sea capaz de reflexionar y decidirse después de deliberar. Llama a eso *Sociedad Autónoma*.

De modo que la subjetividad es entendida como un logro histórico en nuestra especie. Este concepto se emparenta con una categoría utilizada por D. W. Winnicott, la de *individuo*. Ese psicoanalista inglés, -cuya obra perdura de modo muy productivo en el psicoanálisis intersubjetivo desarrollado en los Estados Unidos-, planteó que no todos los seres humanos pueden ser considerados como individuos. Solo algunos logran emerger de la presión del pensamiento masivo, hegemónico en su sector social y en su época, para construir una capacidad reflexiva. Recordemos que Winnicott consideró a Moisés como uno

de los primeros individuos de la historia. De modo que ser un sujeto psíquico, implica agencia, autoría, empoderamiento.

Edgar Morin se refiere a un estado de sujeción donde el individuo que se constituye en sociedades estamentarias, fuertemente estratificadas, obedece como un autómatas la orden que emana de un poder autocrático. Un espacio mental que denomina como "cámara", está separado de otro espacio destinado al privado, donde predomina un modo de funcionamiento diferente, caracterizado por su mayor autonomía.

Todos estos conceptos relacionan, de modo paradójico aunque constitutivo, la subjetividad, cuya etimología remite a la sujeción, con la autonomía, considerada siempre como una autonomía relacional.

En relación con esa tensión entre sujeción y autonomía, es que se solía hablar de la mujer en condición de objeto, en tanto la mayor parte de las mujeres estaba en un estatuto de desubjetivación, y respondía a los deseos de su otro privilegiado, que en la mayor parte de los casos era un varón. Tanto es así, que Karen Horney, una analista pionera en el estudio de la feminidad, consideró que las mujeres se suelen adaptar a las imágenes y fantasías masculinas acerca de ellas, es decir que transcurren su vida psíquica en cierto estado de enajenación, que, sin embargo, en algunos sectores aún está normalizado. Es cierto que la enajenación en el deseo de los otros primordiales es de algún modo inevitable, y que buena parte del trabajo psíquico que desarrollamos a lo largo de la vida, consiste en, más que hallar, construir, deseos que expresen al sí mismo. Pero el reconocimiento de esta invariante derivada de la inmadurez inicial de nuestra especie, de la neotenia, no debe subsumir en una generalización, un logro reciente en Occidente. Me refiero a la puesta en visibilidad del sistema de géneros, y a la percepción de sus regulaciones como una de las bases fundacionales de la estratificación social. Es decir que la diferencia sexual en sus aspectos simbólicos, imaginarios, prácticos e institucionales, ha sido hasta el momento, jerárquica y se ha caracterizado por la dominación masculina y la subordinación de las mujeres.

Para comprender las subjetividades masculinas y femeninas, es necesario partir del supuesto general de la construcción social histórica de la subjetividad. La forma de ser, de pensar y de comportarse de las personas, no es, como se

pensó en el siglo XIX, un sub producto de su funcionamiento biológico, genéticamente determinado. Por el contrario, *Se*, nos hace. O sea que somos contruidos por nuestros otros significativos, nos formamos al interior de los vínculos intersubjetivos. Pero esos vínculos no están solo atravesados por el deseo inconsciente, como ha develado el Psicoanálisis. No basta con considerar, como bien expresó Laplanche, que los mensajes enigmáticos que transmiten el inconsciente sexualizado del adulto, producen una implantación exógena de la sexualidad en los niños. Eso es cierto, siempre y cuando recordemos que la sexualidad, tal como nos enseñó Foucault, tiene una historia. Con esto quiero decir que la pulsión se fragua en un contexto social, cultural, institucional, que ha construido representaciones compartidas sobre lo que *Se* valora, *Se* permite, y *Se* prohíbe. Recordemos que Edgar Morin construyó el concepto de *Se*, como expresión de del consenso colectivo, devenido impersonal y naturalizado, acerca de los sentidos organizadores de la experiencia en una comunidad determinada. Esos sentidos construyen el marco en el cual transcurren las relaciones familiares o de intimidad, que a su vez plasman la subjetividad.

Para superar una perspectiva biologista acerca de la subjetividad, las diversas corrientes del psicoanálisis intersubjetivo nos ofrecen modelos de pensamiento acerca de la producción de deseo en los vínculos. Respecto del concepto de pulsión, hoy en día se discute en profundidad acerca de sus límites y alcances. Jessica Benjamin enfatiza que la energía libidinal es algo que emerge de una red vincular, del “entre” los sujetos en relación. Otto Kernberg considera que lo inconsciente está constituido por relaciones objetales interiorizadas, cargadas de sexualidad y de hostilidad. Prefiere mantener el concepto de pulsión dentro del marco teórico psicoanalítico, porque desconfía acerca de que el énfasis en las relaciones de objeto no permita apreciar la importancia de la agresión y de la sexualidad en la subjetividad y en los vínculos.

Castoriadis considera que el inconsciente es una multiplicidad inconsistente de representaciones, deseos y afectos.

Eduardo Colombo sostiene un cuestionamiento radical del concepto de pulsión. Considera que:

La Pulsión no es un “observable” (...), es un artefacto explicativo, inadecuado para dar cuenta de la dinámica semántica inconsciente, impertinente al paradigma relacional propio de una teoría de la mente”.

Para Laplanche la pulsión proviene del otro, no del interior del cuerpo erógeno. Todos estos autores, de uno u otro modo, ya sea que sostengan el concepto de pulsión como modelo teórico o que lo dejen caer, le asignan un sentido diferente al tradicional. Coinciden en poner énfasis en la intersubjetividad y se apartan del reduccionismo biologista.

Considero que el psicoanálisis que puede entrar en un diálogo productivo con los estudios de género, es un psicoanálisis intersubjetivo, relacional, que no recurre a conceptos hipostasiados que se constituyen de modo imaginario en causas de los procesos que se intenta comprender. No encuentro útil considerar a la fuerza, la libido, como un factor causal mecánico, ni recurrir a la versión teleológica del Eros freudiano. Me parece conveniente, recomendable, manejarnos en términos significativos humanos, más cercanos a la experiencia y resignar en parte nuestras aspiraciones hacia la abstracción.

Si intentamos conectar el concepto de *Ello* que propone Morin con el correspondiente concepto psicoanalítico, veremos que ese autor reduce el Ello a disposiciones biológicas generales, universales. Personalmente, me resulta más productivo para mis propósitos, el concepto, creado por Pierre Bourdieu, de *inconsciente social*. Este sociólogo francés propone la idea de que lo inconsciente, lejos de representar solo los aspectos invariantes que remiten a nuestra estructura neurobiológica como especie, es un precipitado del proceso incesante de creación colectiva de sentidos. Pero no debe entenderse la referencia al sentido en su versión intelectual o verbal, sino que se trataría de un “sentido práctico”, o sea de formas de significar y actuar que responden a la modalidad que se ha podido inventar para hacer frente a una existencia siempre precaria y perentoria. Se trata de estrategias para sobrevivir, que están encarnadas en los cuerpos y expresadas en los actos. Esta postura está lejos de la referencia al lenguaje como la estructura de lo Inconsciente. Más bien alude a un inconsciente corporal, y actuado, donde la representación es nebulosa y no responde a la “lógica lógica” sino a lo que Bourdieu denomina como *Lógica práctica*, o sea un razonamiento veloz, sincrético, reactivo, impreciso. Es posible, si buscamos establecer nexos entre teorías, referir estos

aspectos de lo inconsciente a la segunda tópica freudiana, y asignarlos a los recursos defensivos del Yo y a los aspectos no conscientes del Super Yo. Pero igualmente, el Ello freudiano no podría ser asimilado a las disposiciones biológicas universales propias de la especie, si aceptamos la caracterización de Kernberg acerca de su contenido vincular y pulsional. Hugo Bleichmar propone sistematizar los sentidos asignados a lo inconsciente, diferenciando lo que nunca fue consciente, lo no constituido, lo reprimido, aspectos inconscientes del Yo y del Super Yo, etcétera. Esta es una discusión teórica de gran interés, que excede las posibilidades de esta presentación, donde solo se plantean sus lineamientos generales.

De todos modos, las categorías más cercanas a la experiencia humana significativa en términos socio-culturales, parecen ser las más productivas para un campo de estudios que se ha enfocado sobre el cambio histórico. La invariancia es un aspecto para tener en cuenta como límite necesario de las transformaciones sociales, siempre y cuando recordemos, tal como lo señaló Gerard Mendel, que se ha extendido de modo ilícito la importancia de lo invariante, atribuyéndolo a una supuesta Naturaleza humana cuya existencia resulta más que dudosa.

Considero, entonces, que la teorización acerca de lo inconsciente social resulta de utilidad para una articulación fecunda entre el campo de los estudios psicoanalíticos y el de los estudios interdisciplinarios de género. Pero su adecuación no se acota a este cruce, sino que se extiende a todos los intentos, realizados desde perspectivas diversas, de vincular la subjetividad con el ámbito social y cultural. Bourdieu también denomina a este inconsciente, inconsciente androcéntrico, y es aquí cuando nos acercamos al objeto específico de esta exposición, que consiste en las relaciones de género, o sea las relaciones sociales y a la vez intersubjetivas, entre mujeres y varones.

Para poder reflexionar acerca de este objeto, resulta de utilidad considerar a la masculinidad y a la feminidad, como representaciones colectivas que funcionan de modo conjunto. Estas representaciones implican también un universo relacionado de prácticas y de instituciones sociales organizadas en torno de un dispositivo de regulación social que ha sido denominado *sistema de géneros*, o *sistema sexo-género*. El género puede ser pensado entonces, como una

característica del psiquismo de cada sujeto, tomando al individuo como unidad de análisis. También, desde una perspectiva antropológica, como un dispositivo de regulación social, si recurrimos a una categoría utilizada por Foucault, o una “máquina” invisible, -como han preferido expresar Deleuze o Godelier-, que regula las relaciones sociales de sexo. Vemos entonces que lo que Stoller denominó como “sentimiento íntimo” de ser mujer o de ser varón, o sea la feminidad y la masculinidad subjetivas, se fragua en un contexto que está organizado por regulaciones acerca de la diferencia sexual, o de la diversidad sexual, tal como preferimos decirlo en la Post-modernidad.

Si la subjetividad no surge desde “adentro”, o sea si superamos la perspectiva biologista y endogenista, y si tampoco responde a invariantes universales sino que nos sorprende con su diversidad histórica y geográfica, es posible llevar a cabo estudios políticos sobre la subjetividad sexuada, o sea, captar la dimensión de la misma que está vinculada con las relaciones de poder. Ahora bien, Elizabeth Badinter nos advierte en una obra reciente, sobre la impostación, el carácter monolítico negador de la variabilidad de circunstancias locales, que puede implicar el recurso a un concepto de tal generalidad como los de dominación masculina o subordinación femenina. Conscientes de ese riesgo, podemos, sin embargo, considerar a la dominación masculina o a la subordinación de las mujeres, como se prefiera expresarlo, como una tendencia transhistórica persistente, que se extiende al menos desde el neolítico hasta la actualidad, como la misma Badinter estableció en una obra anterior. Es cierto que esta tendencia se encuentra hoy en crisis, y esta crisis es lo que ha permitido que las relaciones de género se construyan como objeto de indagación. De otro modo, nos encontraríamos ante un *statu quo* naturalizado, y por lo mismo, sacralizado, considerado como parte de aquello que no debe ni puede ser cuestionado.

Existen entonces diferentes formas de construir subjetividad y construir deseo, en torno de la línea que distribuye a los sujetos en lo que el psicoanálisis ha teorizado como la diferencia sexual simbólica. En el campo de los estudios de género tendemos a evitar en la actualidad una convalidación teórica de esta dicotomía, y preferimos el recurso a la categoría de diversidad sexual, para

albergar de ese modo la variabilidad, multiplicidad y fluidez de las subjetividades, y evitar erigir una categoría del sentido común, en parte sustantiva de nuestro andamiaje teórico.

Se han registrado diversas feminidades y masculinidades. La asténica histórica victoriana, cuyos desmayos eran una expresión de distinción social, es muy diferente de las jóvenes ejecutivas o empresarias de la Post-modernidad. El héroe guerrero, al estilo del samurai o del cowboy, presenta una masculinidad muy diferente de la del experto en sistemas, o la del investigador.

Es conveniente mantener la tensión entre la percepción de una organización de géneros polarizada, dicotómica y jerárquica, que ha estructurado las culturas a lo largo de la historia, y el registro de su asombrosa diversidad. Se trata de una tensión paradójica que debe ser mantenida como tal, en el más puro estilo winnicottiano, entre la formulación de tendencias generales y la indagación de modalidades locales.

Siempre es más fácil ensayar una mirada retrospectiva, porque la distancia temporal permite una captación más lúcida de los procesos y tendencias. Pero nuestro real interés, la demanda que nos urge, es la reflexión sobre nuestro tiempo.

Como recaudo previo a cualquier esfuerzo en esta tarea, corresponde destacar que no es posible construir sentidos y elaborar estrategias de acción para aliviar el sufrimiento psíquico contemporáneo, si no se realiza al mismo tiempo una tarea de análisis crítico y de actualización de nuestro marco teórico.

Hoy la frontera entre feminidad y masculinidad se ha hecho más porosa, más permeable, para dar paso a un reconocimiento creciente de la movilidad de las posiciones subjetivas en función del contexto y de los avatares de los vínculos. No era esta la perspectiva predominante hace unas décadas. La preocupación de los analistas que desarrollaron su trabajo a comienzos del siglo XX, fue básicamente la adecuación de los sujetos, y en especial, de las pacientes mujeres, a la normalidad consensual de la época. En la primera polémica que se planteó al interior del campo psicoanalítico sobre la sexualidad femenina y la feminidad, los partidarios del falocentrismo freudiano y los defensores de la especificidad femenina, duramente enfrentados en ese aspecto, sin embargo coincidieron en elaborar consideraciones arbitrarias con las que convalidaban que la salud mental se asociaba de modo estrecho con lo que hoy

denominaríamos conformidad con las regulaciones vigentes acerca del género. Es por eso que Helène Deusch se lamentó del error divino consistente en haber creado a las mujeres provistas de un clítoris: cualquier resabio de masculinidad atentaba contra la feminidad químicamente pura que fue considerada como garantía de la salud emocional. Pero del otro lado del Paso de Calais, Joan Rivière, si bien percibió de forma aguda el carácter performativo de la feminidad consensual, en su trabajo titulado “La feminidad como mascarada”, actuó como un agente de adaptación social al interpretar de modo negativo los anhelos de trascendencia de su paciente, equiparándolos a robos imaginarios de la potencia de ambos padres.

¿Cómo prevenimos el riesgo, siempre presente en las teorías sobre la subjetividad, de quedar atrapados en los criterios hegemónicos y hacer propio el *Se*, transformándonos en agentes normalizadores?

Un recurso eficaz consiste en articular las indagaciones sobre el psiquismo con estudios sociales, antropológicos e históricos. Esta es una característica del campo de los Estudios de Género, que es, por definición, interdisciplinario.

Otro recurso consiste en la puesta en diálogo, del psicoanálisis con otras teorías sobre la subjetividad, tales como la teoría de los sistemas o la psicología cognitiva. Mientras que el psicoanálisis contemporáneo tiende a manejarse con modelos teóricos elaborados en términos significativos humanos, otras teorías utilizan modelos abstractos, de amplia generalidad. Respecto del sistema de géneros, la comprensión de su carácter sistémico, -valga la redundancia-, permite observar los múltiples modos en que tiende a reestructurarse para no modificar su característica ancestral, que es el dominio masculino. Esto se percibe con claridad cuando se estudian las tendencias sociales en el ámbito educativo y en el mercado laboral.

La matrícula universitaria presenta en la actualidad una mayoría de estudiantes mujeres. Las mujeres permanecen más en el sistema, obtienen mejores credenciales y cursan en mayor número estudios de postgrado. Sin embargo, sus carreras laborales son más modestas, y si bien un número creciente de ellas se ha integrado al mercado, se agrupan en las bases de las pirámides ocupacionales, y están de modo muy escaso en los estamentos más elevados de decisión. Esta tendencia se observa en todas las organizaciones, ya sean económicas, políticas, sanitarias, etcétera. La maternidad como institución



social lo explica en parte, ya que la doble jornada laboral promueve que las mujeres dediquen menor energía a sus carreras. También debemos tener en cuenta el temor a que los logros laborales desarticulen o compliquen el delicado equilibrio de la atracción erótica, que ha estado sustentada durante siglos en la exhibición de poder masculino y la admiración femenina. Las mujeres han podido fundar su estima de sí sobre la base de ser objetos que generan deseo, pero los logros obtenidos mediante el esfuerzo, ya sean bélicos, laborales o intelectuales, todavía son significados como un emblema de masculinidad. Esta contradicción entre lo que sustenta el éxito en la esfera pública y lo que es considerado como la fuente de la satisfacción subjetiva, o sea las relaciones amorosas, constituye una de las hipótesis más productivas para explicar las dificultades subjetivas actuales en el camino de la equidad.

Si la articulación entre las teorías psicoanalíticas y el modelo sistémico puede resultar fecunda, debemos también tener en cuenta que ambos marcos teóricos presentan una proclividad determinista que no logra captar lo que hoy comprendemos como amplios territorios de indeterminación. Es respecto de esta cuestión que viene nuevamente en nuestro auxilio el pensamiento de Cornelius Castoriadis, quien consideró que existen modos de funcionamiento psíquico y social que operan a la manera de un magma, donde el caos y el azar son los principios que caracterizan esa modalidad. En ese océano indeterminado, flotarían islotes organizados con lo que el autor denominó la *lógica conjuntista-identitaria*, o sea, a la manera de nuestra organización mental preconsciente. Este modelo, tiene la ventaja de rescatarnos del afán por agotar el conocimiento de los factores determinantes, que es en última instancia un vehículo para el propósito de controlar los procesos estudiados, y destacar la creatividad y la inventiva, lo que denomina como *imaginación radical*, como modo de ser de lo psíquico y de lo social. Esta actitud nos habilita para la recepción abierta aunque no irreflexiva, de los veloces cambios sociales y subjetivos de nuestro tiempo.

Provistos entonces de una caja de herramientas, o de un mapa, según como se desee representar este marco teórico con el que podemos operar, corresponde enfrentar los interrogantes que plantean las relaciones de género en el Occidente desarrollado.

## ***II) Mujeres y varones del nuevo siglo***

En los '80, al interior de los movimientos sociales de mujeres y de los grupos académicos dedicados a la producción intelectual, la dirección de las transformaciones culturales de las relaciones de género, parecía más clara y sencilla que lo que advertimos en el complejo panorama contemporáneo, tres décadas después.

Los sujetos sociales que lideraban el proceso de cambio, eran las mujeres que habían estudiado y que trabajaban. En muchos casos provenían de sectores sociales innovadores. Tal fue el caso de las hijas de migrantes en la Argentina, donde el afán por el ascenso social fue prioritario por sobre la conformidad con las regulaciones de género, tal como lo documenta un estudio de Beatriz Kohen. Por diversos motivos, en todos los sectores sociales modernizados de Occidente, ya sea que se encontraran en los países centrales o en la periferia, las mujeres se fueron incorporando a los trabajos pagos y al estudio. El análisis de los factores que promovieron ese proceso es de gran complejidad, pero cabe formular una reflexión.

La lógica guerrera, confrontativa, característica de la masculinidad cultural, llegó a su apoteosis destructiva con la segunda gran guerra. La masculinidad pareció devorarse a sí misma, y los aspectos productivos, constructivos, que caracterizaron a los varones de Occidente fueron delegados en gran medida sobre las mujeres, mientras que ellos retrocedían a modalidades viriles propias de períodos y lugares donde la supervivencia de cada grupo se obtenía mediante la confrontación con otros grupos humanos. Cuando esa crisis pasó, y fue necesario reconstruir el tejido social, se intentó reestablecer la situación anterior al conflicto. Pero la experiencia de la autonomía femenina, si bien fue forzada por las circunstancias apremiantes, dejó un saldo intersubjetivo que fue transformando las mentalidades. La renovada acumulación capitalista permitió que más mujeres accedieran a mejores trabajos, ya no en condición servil. Esas nuevas posibilidades promovieron una conmoción en las modalidades interiorizadas de sometimiento y mistificación del amor de pareja, antes consideradas como la vía adecuada para la promoción social y subjetiva femenina.

Sin embargo, pese a las transformaciones en dirección a la paridad entre los géneros, la mayor parte de las parejas conyugales en nuestro país se encuentra en un estado de transición entre los arreglos tradicionales y modalidades más modernizadas de contrato conyugal.

Cuando Robert Stoller estudió en la década del '60 la subjetividad de pacientes intersexuales, corroboró el descubrimiento de John Money acerca de que la crianza era el factor prioritario para la construcción subjetiva. Mientras que los psicoanalistas clásicos habían dedicado considerables esfuerzos para debatir la influencia de la percepción inconsciente de los genitales en la conformación del psiquismo, Stoller encontró en jovencitas nacidas sin vagina,- circunstancia descubierta cuando fueron investigadas por la ausencia de menstruación-, pero que habían recibido un educación femenina tradicional, los anhelos típicos de la época. Un novio, formar una familia y tener hijos sanos, inteligentes y bonitos, eran los ideales organizadores de su proyecto de vida. La feminidad de época había estructurado esas mentes, más allá de las características biológicas que durante tanto tiempo habían sido consideradas como el fundamento de la subjetividad sexuada.

Si continuamos con el análisis de la subjetividad femenina tradicional, recordaremos que las mujeres tradicionales estaban apegadas a sus madres, una figura siempre presente en el hogar, y solo aceptaban con dificultad circular en las redes de la alianza, más por dependencia económica que por un deseo heterosexual bien instalado. Este aspecto fue descrito lúcidamente por Nancy Chodorow. El matrimonio entre la mujer neurótica, cuya sexualidad había sido inhibida y su ternura maternal hipertrofiada, y el varón cuya agresividad se había cultivado, ofreciéndole como recompensa una sexualidad trasgresora, fue desdichado, como ya lo anunciara Freud en 1908.

Las cuestiones vinculadas con la sexualidad, una categoría considerada por el psicoanálisis como fundante de la subjetividad, se relacionan de modo estrecho con el desempeño de funciones económicas y laborales. En este sentido, recordemos que el ama de casa pre-moderna tuvo múltiples funciones económicas, lo que, dentro de un contexto cultural autoritario y muy estratificado, le otorgó sin embargo una cierta consideración. La figura histórica del ama de casa moderna, surgió de modo paralelo y contemporáneo con el de la trabajadora independiente y ambas situaciones fueron habilitadas por la

acumulación capitalista generada por el primer período de explotación “salvaje”. La urbanización estimuló la aparición de familias más pequeñas, y el nuevo modo de producción, basado en la venta individual de la fuerza de trabajo en el mercado, acabó con los matrimonios concertados entre linajes con miras a la prosperidad económica. Las uniones electivas, realizadas sobre la base de la afinidad personal, generaron lo que Edward Shorter describió como “La Revolución Sentimental”, un cambio en las relaciones familiares donde la intimidad entre los esposos y la de los padres con respecto de los hijos, se intensificaron. La figura de la trabajadora fabril, que se caracterizó en los inicios por su desamparo y por la super explotación, dio espacio al ama de casa, cuya presencia en el hogar era necesaria ya que el trabajo se desarrollaba fuera de la unidad doméstica. Las mujeres provenientes de sectores pobres, aceptaron su nuevo rol con entusiasmo: sus hijos, más escasos en número, no se verían expuestos al desamparo y su propia condición social estaba a salvo de formas extremas de explotación laboral y sexual. Pero pasadas pocas décadas comenzó a hacerse evidente que, en una sociedad mercantil y en una economía monetarizada, la ausencia de recursos propios confinaba a las mujeres en un estatuto semejante a la minoridad. En el contexto de una democratización que al menos en lo declarativo, aspiraba a ser universal, esta minorización dejó de estar naturalizada para convertirse en fuente de conflictos. De allí surgió el malestar cultural que dio origen a los movimientos de mujeres, cuya reivindicación fue en los '70 y '80, el derecho al trabajo remunerado por parte de las mujeres. Hoy puede hacernos sonreír esta pretensión, en un contexto donde el trabajo se ha transformado en un bien escaso y donde las identificaciones cruzadas de género han hecho estallar la dicotomía normalizadora moderna, por lo que muchos sujetos excéntricos reclaman por su cuota de reconocimiento social.

Pero en su momento fue necesario librar una batalla por el sentido, y el ámbito del psicoanálisis fue uno de los que sancionaron de modo psicopatológico cualquier intento de las mujeres por apartarse de una subjetivación femenina que hipertrofiaba la dependencia, la pasividad, el altruismo maternal y la inhibición de la hostilidad y de la sexualidad. Recordemos como ejemplos de esta situación, la diferenciación entre orgasmo clitorídeo (sancionado como patológico) y orgasmo vaginal (considerado como apropiado), la consideración

del deseo maternal como fálico en tanto no se ajustara a demandar al varón la donación de un niño, la consideración de la ambición laboral femenina como una usurpación del poder fálico de los padres, entre otros aspectos a destacar. La división sexual del trabajo, que fue considerada por la Antropología estructural como una de las reglas fundantes del orden cultural humano, ha experimentado a partir de la post guerra una considerable erosión. Esta situación implica, de modo forzoso, transformaciones subjetivas, en tanto la subjetividad es comprendida en relación a las prácticas de vida. Sin embargo, este poderoso dispositivo que, junto con el parentesco, constituye el sistema de géneros, está lejos de haber desaparecido, ya que se recicla en otro nivel de funcionamiento. Todos y todas trabajamos, pero existe una agrupación de las mujeres en ocupaciones remuneradas que evocan las clásicas tareas femeninas al interior de las familias, y que cargan con el consiguiente peso de la falta de reconocimiento y la sub remuneración. Todos y todas trabajamos, pero en la mayor parte de los hogares, aunque existen dos proveedores, la jefatura todavía es masculina, en muchos casos en el nivel de lo económico, y aún cuando no es así, el cónyuge varón mantiene su antiguo prestigio y poder más allá de la realidad material del momento.

Respecto del trabajo invisible, o sea de las tareas no remuneradas que deben cumplirse en la unidad doméstica, se advierte una lenta y reluctante participación masculina, inevitable dado el trabajo pago de las mujeres. En cuanto a los cuidados que requieren los niños, se observa una participación creciente de los varones jóvenes, muchos de los cuales encuentran atractivos antes impensados en el ámbito privado, ahora que el ámbito público se presenta tan adverso e inseguro. Las características viriles confrontativas van dando espacio para el surgimiento de aspectos tiernos y nutricios muy promisorios, que favorecen la esperanza de una equiparación a futuro de la expectativa de vida de varones y mujeres, que hoy es mayor en siete años promedio para las mujeres. Estos rasgos de carácter de la masculinidad postmoderna surgen a la sombra de una de sus profundas crisis históricas, descritas por Elizabeth Badinter. La crisis actual se ha generado por la retracción de la oferta laboral, que antes tuvo al trabajador masculino como su principal destinatario. Hemos dedicado una obra reciente a esa problemática.

Las sociedades postmodernas se caracterizan por la diversidad y la coexistencia inarmónica de distintos grupos y sectores sociales. La existencia de los adultos jóvenes casados es muy diferente de la de aquellos que hoy no forman una pareja estable, de los homosexuales, y la de los más jóvenes.

Dentro del campo de la heterosexualidad, se observa hoy una cierta dificultad para la constitución de parejas, que preocupa de modo más acuciante a las mujeres, en tanto desean formar una familia como parte de un imperativo ancestral que estimuló una acentuada proclividad vincular. El matrimonio como institución ha entrado en una profunda crisis y solo parece interesar de modo comprometido a las parejas del mismo sexo, que han estado excluidas de la convalidación legal de sus uniones. Las parejas heterosexuales tienden cada vez más hacia las uniones consensuales, cuya fragilidad se ha intensificado. Existen diferencias por género en el modo en que esta situación afecta a los integrantes de las uniones disueltas. Mientras que las mujeres son más vulnerables al desclasamiento y al desamparo, se encuentran más sobrecargadas de responsabilidades y tienen menores y peores posibilidades de establecer nuevas uniones, los hombres padecen una mayor vulnerabilidad ante la soledad y el aislamiento, ya que se encuentran privados de contar con quien supla funciones de auto regulación emocional y biológica para las cuales su subjetivación de género no los ha predisposto.

Las mujeres jóvenes educadas e insertas en las corporaciones, enfrentan dificultades para formar pareja, porque su autonomía desordena los guiones eróticos ancestrales basados en la subordinación femenina. Ellas mismas reclaman un varón al que puedan en algún sentido admirar, aunque en muchos casos, y no sin decepción, aceptan como compañeros a hombres que no revisten ante sus ojos un estatuto idealizado. Los varones más dominantes suelen elegir compañeras cuyo valor social deriva del origen familiar y de los atributos femeninos tradicionales, o sea juventud y belleza. Es visible el modo en que las transformaciones recientes de los roles de género, enfrentan como dificultad, la inercia transubjetiva de los modos de producción de deseo.

Entre los adolescentes que pertenecen a sectores medios, se está observando el surgimiento de una tendencia regresiva en materia de equidad de género, tanto más peligrosa cuanto se enmascara como liberación. La anomia post-moderna estimula la promiscuidad narcisista, y las mujeres jóvenes, más

vulnerables físicamente al embarazo y a las infecciones de transmisión sexual, y más vulnerables psíquicamente debido a la idealización femenina ancestral del amor, se ven impulsadas a una práctica sexual indiscriminada, que en algunos casos adquiere ribetes de servidumbre. En el caso de los varones, la idealización tradicional de la promiscuidad masculina y del coleccionismo sexual, hace difícil evaluar el sufrimiento mudo de quienes se ven presionados por el grupo de pares y por los actores sociales que explotan la sexualidad adolescente con fines económicos, a involucrarse en actuaciones relacionadas con adicciones múltiples y con el desenfreno erótico. Todo esto se complica, porque dada la velocidad del cambio social, en un mismo sujeto coexisten diversos sistemas de valores que entran en conflicto y desencadenan en ocasiones estados de confusión o de depresión.

Importa destacar que las tendencias innovadoras en materia de relaciones de pareja y de familia, si bien resultan liberadoras respecto de la doble moral y la hipocresía de la modernidad media, son fuente de nuevas formas de malestar cultural, que requieren atención.

Hasta ahora me he referido a quienes están ubicados en los sectores centrales de las sociedades contemporáneas. Los sectores marginales son mucho más numerosos, ya que se ha logrado un desarrollo sin equidad, y el flagelo de la pobreza está lejos de haber sido derrotado.

Dentro de los sectores ubicados en los márgenes sociales, por razones de políticas sexuales y no por motivos económicos, los sujetos *transgénero* vienen llevando a cabo una batalla por el sentido, la legitimidad y el reconocimiento social, que evoca la épica feminista de los '70. La aparición de la figura legal de la unión civil busca rescatar a las uniones de personas del mismo sexo de la invisibilidad y garantizarles los derechos legales de los cuales gozan las uniones heterosexuales. No deja de resultar curioso que este avance democratizador coincida con una fuerte tendencia entre los heterosexuales, a despreciar la ley vigente y refugiarse en el consenso, dado que la única base para la continuidad de la unión conyugal es hoy en día el deseo recíproco. Al parecer esto ocurre siempre que se produce un progreso en la condición social y subjetiva de sectores subordinados. También nos ocurrió a las mujeres, que al llegar a la mesa de la subjetividad autónoma y la individuación, solo encontramos las migas, en un período en el cual la denominación de sujeto

autónomo se reveló como una contradicción en sus términos, un oxímoron, puesto que sujeto equivale a sujetado, sujeción, y en ese caso, la autonomía es una ilusión. Sin embargo, es una ilusión necesaria y continuamos deseando su disfrute. De modo que es razonable que los homosexuales anhelan la inclusión en la dignidad de la ley, aunque sea para recorrer más adelante el camino de su cuestionamiento.

Quedan para el final, como ocurre en la experiencia social, los pobres. Esa mayoría silenciosa que nos rodea, y con la que trabajamos en el sistema público o en los programas sociales, pero que no atendemos en nuestra consulta privada. Así como cada tanto sale a la luz la persistencia de prácticas semi feudales de explotación, donde el acceso al trabajo no se diferencia mucho de la servidumbre, también están adquiriendo visibilidad los aspectos más siniestros de la explotación sexual comercial, de la que entre nosotros se ha ocupado con mucha solvencia Juan Carlos Volnovich. A este tipo contemporáneo de esclavitud, son más vulnerables las jóvenes pobres y con bajo nivel educativo. Preocupa sobre todo el secuestro de jóvenes con fines de su trata, y, en términos generales, la explotación sexual comercial. Otra experta en género, Eva Giberti, está haciendo algo más que hablar sobre el tema, a través de la implementación de un programa gubernamental.

El abuso sexual contra menores tiene a las niñas como sus víctimas principales, y ya sea que afecte a niñas o varones, los perpetradores son en su enorme mayoría, hombres. Estas prácticas, antes toleradas, hoy se han hecho insoportables a los ojos de la opinión pública. Recordemos que Freud relató el caso de un hombre a quien le gustaba planchar el dinero, y quien, en contraste con tanta prolijidad, solía abusar de mujeres menores de edad, masturbándolas. Freud realizó un comentario crítico, pero no hizo una denuncia, porque el espíritu de la época toleraba ese abuso de poder, como tantos otros.

En la actualidad, es la masculinidad cultural lo que está en cuestión. Concebida por los grupos humanos como una máquina guerrera, ha fundado una jerarquía basada en el dominio, la hostilidad y la apropiación. En ocasiones algunas mujeres, las clasificadas por el psicoanálisis bajo el rubro de caracteres masculinos, se han mimetizado con algunos rasgos de esa masculinidad cultural, en el afán de ganar reconocimiento. Así como las personas mayores



no se reconocen como tales,- porque viejos son los demás-, algunas mujeres, en conflicto con la devaluación ancestral de la feminidad, no se identifican con el colectivo femenino y comparten su desvalorización, planteándose como excepciones. Como exponentes de esta situación tenemos desde las ejecutivas o empresarias eficaces que se mimetizan con modalidades masculinas de liderazgo, hasta las mujeres militares, que se han visto involucradas en acusaciones de torturas.

Hoy sin embargo, el prestigio tradicional de lo masculino está en entredicho. Cada vez se hacen más visibles sus aspectos ofensivos, que han sido cultivados para atacar a los enemigos, pero que con frecuencia no distinguen propios de ajenos. La crisis actual de la masculinidad va de la mano con la crisis de legitimidad de las guerras como procedimiento para resolver conflictos. A partir de Vietnam, se sigue guerreando, pero la idealización del coraje viril y del heroísmo está en franca decadencia.

Si consideramos que la jerarquía entre varones y mujeres es el sustento lógico de toda forma de estratificación social, su cuestionamiento debe conmover todas las estructuras instituidas e interiorizadas de dominación.

Salud mental, democracia y respeto por los derechos humanos van de la mano, y como profesionales, investigadores y docentes que trabajamos en este campo del quehacer social, es necesario que lo tengamos presente.

### ***Bibliografía citada***

Badinter, Elizabeth: (1987) *El uno es el otro*, Barcelona, Planeta

-----: (1993) *XY La identidad masculina*, Madrid, Alianza

-----: (2003) *Hombres-Mujeres. Como salir del camino equivocado*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Benjamin, Jessica: (1997) *Sujetos iguales, objetos de amor*, Buenos Aires, Paidós.

-----: (2003b) "Beyond doer and done-to: An intersubjective view of thirdness",  
*Submitted to the Psychoanalytic Quarterly, April 2003*

Bleichmar, Hugo: (1997), *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Buenos Aires, Paidós.

-----: "Psicoanálisis-Fundamentos y aplicaciones del enfoque Modular-Transformacional",  
Aperturas, Revista de Psicoanálisis, Abril 1999 - No.1.

Bourdieu, Pierre: (1991) *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.

-----: (1998) *La domination masculine*, París, Seuil.

\_\_\_\_\_. (1998) *La distinción, criterios y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid.

- Burin, M. y Meler, I: *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- Burin, M. Jiménez Guzmán, L. y Meler, I. (comps) *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género*, Buenos Aires UCES; 2007.
- Castoriadis, Cornelius: (1993) *La institución imaginaria de la sociedad*, Vol II: *El imaginario social y la institución*, Buenos Aires, Tusquets.
- : (1992) *El psicoanálisis. Proyecto y elucidación*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Colombo, Eduardo: "Crítica epistemológica de la noción de pulsión", en Aperturas Psicoanalíticas, Revista de Psicoanálisis, Nº 1 abril de 1999.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix: (1998) *El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona, Paidós.
- Deustch, Helène: (1966) "La psicología de la mujer en relación con la función de reproducción", en *La sexualidad femenina*, Buenos Aires, Caudex.
- Foucault, Michel: (1980) *Historia de la sexualidad*, Tomo I: *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, Tomo II: (1986) *El uso de los placeres*, México, Siglo XXI.
- Freud, Sigmund: (1905) *Tres ensayos de teoría sexual*  
(1908) *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*  
En OC, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.
- Godelier, Maurice: (1986) *La producción de 'Grandes Hombres'. Poder y dominación entre los baruya de Papúa Nueva Guinea*, Madrid, Akal.
- Horney, Karen: (1982) *Psicología femenina*, Buenos Aires, Alianza editorial.
- Kernberg, Otto: (2005) *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*, Buenos Aires, Paidós, Caps I y II.
- Kohen, Beatriz: (1992) *De mujeres y profesiones*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena.
- Laplanche, Jean: (1993) *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (2001) *Entre seducción e inspiración, el hombre*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Mendel, Gérard: (1990), *El psicoanálisis revisitado*, México, Siglo XXI.
- Money, John: (1982) *Desarrollo de la sexualidad humana*, Madrid, Morata.
- Morin, Edgar: "La noción de sujeto", en *Nuevos Paradigmas. Cultura y Subjetividad*, de Dora Fried Schnitman (compiladora), Buenos Aires, Paidós, 1994.
- Rivière, Joan: (1966) "La feminidad como mascarada", en *La sexualidad femenina*, Buenos Aires, Caudex.
- Rubin, Gayle: (1975) "The traffic in women. Notes on the 'political economy' of sex", en *Toward an Anthropology of women*, de Reiter Rayna (comp), Nueva York y Londres, Monthly Review Press.
- Stoller, Robert: (1968) *Sex & Gender*, Nueva York, Jason Aronson.
- Volnovich, Juan Carlos: (2007) *Ir de putas*, Buenos Aires, Topía.
- Winnicott, Donald: (1985) *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa.

---

<sup>i</sup> Conferencia de cierre del *XI Congreso Metropolitano de Psicología* (APBA) Buenos Aires, 3 al 5 de julio de 2008